

# LA NOVELA DE LA REVOLUCIÓN CUBANA

Por Julieta CAMPOS

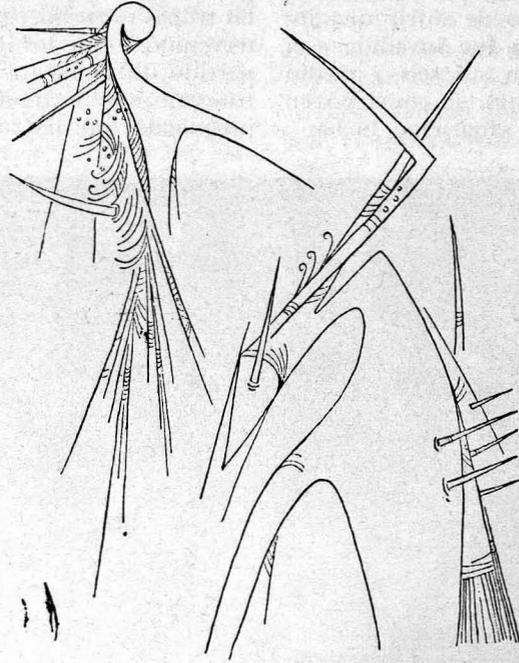
Dibujos de Wifredo LAM

DOS NOVELAS se han publicado hasta ahora, en Cuba, con temas de la Revolución: *Bertillón 166* y *Mañana es 26*. La primera se debe a José Soler Puig, que no se considera escritor de profesión y la segunda a una autora joven, Hilda Perera, que había producido antes algunos cuentos. Ambos relatos están en primer plano, como si les faltara la definitiva reconstrucción artística, esa *distancia* indispensable para transformar a la materia viviente en sustancia del arte. Sin embargo, *Bertillón* posee una fuerza directa y espontánea, que salva el esquematismo de los personajes y *Mañana es 26* tiene verdaderos aciertos en el tratamiento de la vida de la pequeña burguesía antes de la revolución. *Bertillón* es novela de sucesos, de puro acontecer, y el recurso de un diálogo casi taquigráfico contribuye a exteriorizar la acción. La visión del forastero, enlace y espectador, nos permite contemplar lo que ocurre tras las persianas siempre cerradas de una ciudad que hierve en la lucha clandestina. Cuando el autor se acerca a las motivaciones de sus personajes logra momentos de notable veracidad humana en las figuras del cobarde que acaba en víctima, del padre del joven terrorista y la madre de la muchacha revolucionaria. Lo mejor de *Mañana es 26* es, sin duda, el contraste entre la actitud indiferente y egoísta de un sector de la clase media durante la lucha contra la dictadura y la entrega generosa y sin reservas de muchas vidas jóvenes, dentro del mismo marco social. Los personajes femeninos son los más auténticos — la joven señora burguesa, las sirvientas, la estudiante. Tanto la obra de Soler Puig como la de Hilda Perera apuntan escenas, modalidades, tonos, matices y personajes de la vida cubana bien captados pero sin desarrollarlos al máximo de sus posibilidades. Sus temas giran en torno a la etapa de la gestación revolucionaria, en su aspecto de lucha en las ciudades, sin tocar la insurrección armada. *Bertillón* nos deja todavía con la angustia de las épocas más duras de la dictadura cuando toda la vida en el país se reducía al acoso, la tortura y la muerte. El desafortunado capítulo final de *Mañana es 26* no consigue comunicar, como lo pretende, el asombroso júbilo colectivo del triunfo revolucionario.

Estos primeros experimentos narrativos sugieren la formulación más amplia de cómo debe ser la gran novela de la Revolución Cubana. ¿Debe escribirse ahora la novela "épica" o una novela que refleje la profunda transformación que está experimentando toda una sociedad? Los dos caminos están abiertos y dependerá de la sensibilidad del autor escoger uno u otro. No habría que descartar la estructura de la extensa "novela río" que podría abarcar las dos etapas e inclusive alejarse un poco en el tiempo para seguir la trayectoria de la generación anterior a la actual y descubrir los antecedentes de este momento his-

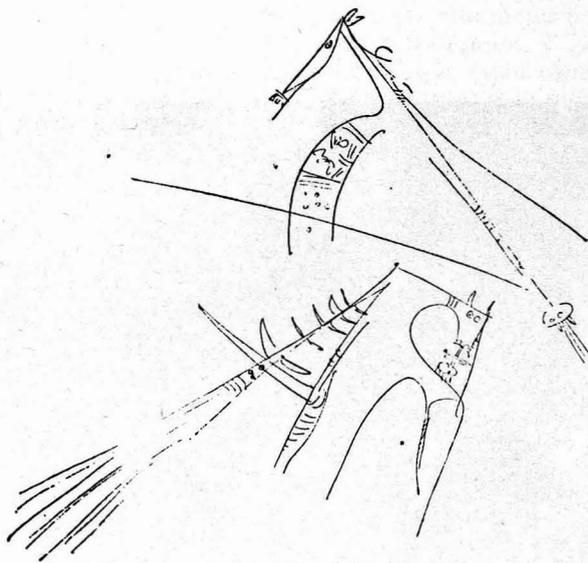
tórico. Hace un año, Alejo Carpentier no ponía en duda que la "épica" revolucionaria estaba en espera de su novelista. Este debía armarse de los instrumentos del historiador y proveerse de una vasta documentación, desde los dia-

simas variedades de temas, en torno a la intensificación del conflicto de clases que supone una revolución, vista en sus reflejos externos y en sus consecuencias internas o subjetivas. Habría que penetrar en las motivaciones, temores, aspi-



rios personales de los combatientes, hasta las proclamas y manifiestos políticos, sin descuidar las entrevistas con los participantes en la gesta y el conocimiento directo de los escenarios de los hechos. La novela "épica" de la revolución tiene la ventaja de cierta distancia temporal acentuada por la rapidez vertigi-

aciones, actitudes y formas de conducta de las distintas clases sociales —burguesía, pequeña burguesía, obreros y campesinos— sin olvidar que la transformación tiene diversas resonancias en unos y otros sectores y que se manifiesta, además, con características singulares en los hombres de carne y hueso cu-



nosa con que se ha venido desarrollando posteriormente el proceso revolucionario.

La otra posibilidad es la novela que podríamos llamar "de la transición" y que reflejaría el sentido y las manifestaciones diversas de un período en el que entran en duelo dos visiones del mundo, dos maneras de ver la vida, el tiempo y la historia. La novela de la transición podría desenvolver una riqui-

simos destinos debe recrear el novelista. Dentro de este panorama, el escritor podría dar testimonio de su propia situación, de la evolución del intelectual en la compleja etapa de la transición: el paso de una actitud solitaria, escéptica y desconfiada a una postura solidaria y, al mismo tiempo, las tensiones y ajustes que implica esta conversión fundamental.

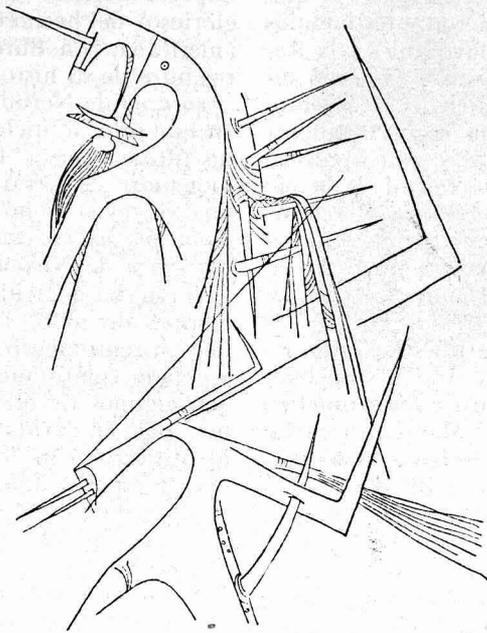
Si un autor prefiere enfrentarse con las dificultades de punto de vista, tono y tratamiento que se desprenden de una novela de este tipo puede seleccionar todavía entre la obra panorámica, que

tórico se impone con mayor fatalidad sobre las subjetividades de los hombres. ¿Cómo reaccionan unos y otros personajes ante la situación inevitable? Y aquí se plantea otra cuestión: ¿cómo puede

presarse esa peculiar dinámica de la transición, de los distintos modos de vida que coinciden, unos que tienden a desaparecer y otros que apenas comienzan a surgir y que se afirmarán progresivamente. El novelista debe reflejar la tensión y las contradicciones de una sociedad en enorme movilidad, donde se agudiza al máximo el desgarramiento entre el pasado y el futuro. Encarnada en sus personajes, esta pugna se manifestaría en unos como el intento de recuperación del tiempo pasado —al que atribuyen ahora toda la felicidad— y en otros como un tiempo medido por la acción presente, apenas arraigado en el pasado y cargado de futuro. La ruptura con el pasado que para unos es motivo de angustia y desconcierto para los otros lo es de seguridad y decisión. Y el novelista no puede prescindir de ninguno de esos dos mundos, si no quiere que su visión quede trunca.

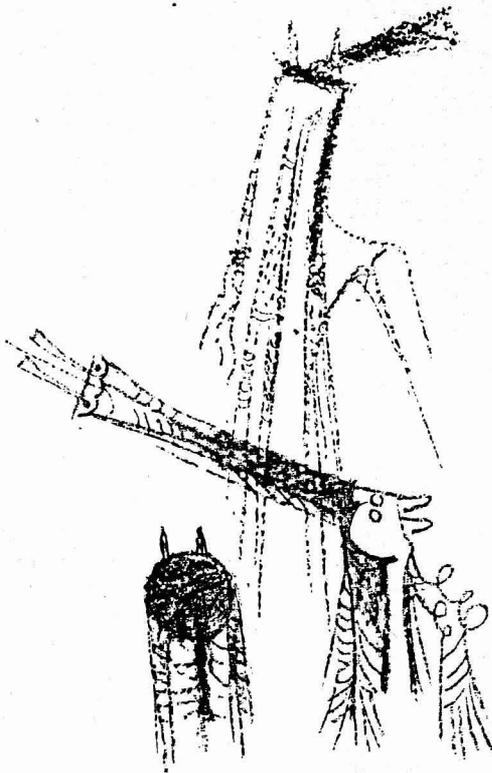
La novela cubana no tiene detrás una rica tradición narrativa donde alimentarse. La sociedad no había madurado lo suficiente como para producir un número considerable de novelistas representativos. Es ahora cuando toca a los escritores el papel de contribuir a la determinación y cristalización artística del carácter nacional, una vez que existe ya un pueblo con conciencia de sí mismo, con una efectiva conciencia común. Cualquier novela de esta época tendrá un poco de epopeya, en tanto que los relatos épicos dieron siempre el testimonio del despertar de una conciencia colectiva. Al propio tiempo, estará expresando una visión contemporánea y, por lo tanto, inevitablemente universal. Si el novelista occidental expresa, necesariamente, la soledad y la incertidumbre de muchos hombres de Francia, Inglaterra o los Estados Unidos ante las preocupaciones con que se enfrentan en nuestra época, el novelista de los países que empiezan a afirmarse en la historia tiene que reflejar un nuevo sentido de las relaciones con los hombres del resto del mundo.

A algo se debe, sin embargo, que no se haya dado todavía esta *novela de la transición*. No es fácil interpretar una realidad que diariamente varía para el artista que pretenda sincronizar su propia receptividad al apresurado ritmo que la revolución ha impuesto a la vida cubana. Si los novelistas han preferido detenerse en la etapa inmediatamente anterior es, precisamente, para hacer un alto y cobrar aliento. Sólo así podrán contemplar después, con cierta calma, una vida que difícilmente puede recrearse en el momento mismo de vivirla. Esa maduración social, que ya puede apreciarse, requiere aún un lapso de tiempo más prolongado, para que el escritor pueda sedimentar su experiencia y que ésta se desprenda un poco, por paradójico que parezca, de su inmediata connotación efectiva. Para que un testimonio de esta naturaleza perdure hace falta, en definitiva, no sólo que refleje una comprensión clara de lo que está ocurriendo sino que se organice la materia temática latente, mediante la técnica que la defina y descubra su calidad especial, en transposición artística de la realidad.



represente a la sociedad en su conjunto y esboce los personajes más característicos de esta época o la serie de novelas que desmenucen esta problemática en forma más detenida e interiorizada. En todo caso, lo psicológico y lo social tendrían que mostrarse estrechamente ligados porque, en la realidad cubana de ahora, lo social —el hecho revolucionario—, interviene decisivamente en todas las vidas personales, como solidaridad y

formularse el novelista cubano de hoy esa necesidad de nuevas formas que es una exigencia evidente de la novela de nuestro tiempo? No es posible responder teóricamente y a priori a esta interrogación porque la función de la crítica no es dar recetas sino, cuando más, señalar los caminos y contribuir a desbrozarlos. Pero es el artista el que debe abrirse paso por esos caminos y encontrar, en la creación misma, las posibles



adhesión o como rechazo, jamás como indiferencia. Sería falsa una obra donde los personajes se movieran en un limbo indeterminado, sin relaciones con el mundo objetivo. Lo histórico tendría que inscribirse con gigantesca concreción porque es precisamente en los momentos de cambio revolucionario violento y profundo cuando el tiempo his-

soluciones concretas de los problemas teóricos. Sólo cabe anticipar que la interrelación entre subjetividad y realidad social debe encontrar una forma adecuada, que encarne, en la novela de la revolución, la proporción y la densidad efectivas de ambas dimensiones. En una forma eminentemente dialéctica —contrapuntística quizás— tendría que ex-